

## MEDITACION SOBRE EL IDIOMA ESPAÑOL

Discurso de incorporación al seno de la Academia de la Lengua Costarricense Correspondiente de la Española el 27 de abril de 1985, Día del Idioma. Del académico Sr. Luis Barahona Jiménez.

Señor

Profesor don Arturo Agüero Chaves

Presidente de la Academia Costarricense de la Lengua

Señores Miembros de la Academia Costarricense de la Lengua

Señoras y señores:

Mis primeras experiencias literarias se remontan a los años treinta, cuando inicié mis lecturas del *Quijote*; de entonces es mi conocimiento de algunos autores nacionales, entre ellos, Omar Dengo, María Isabel Carvajal y Carlos Luis Sáenz. Posteriormente, cuando pude tener a mano *Repertorio Americano* y los periódicos del país, entré en conocimiento de otros escritores. Recuerdo muy bien una crónica de los últimos momentos de don Omar Dengo, recogidos con ternura y devoción por su discípulo don Carlos Luis Sáenz y publicado en las páginas de *La Tribuna*. Luego vino la lectura de sus poesías y cuentos y posteriormente el trato directo, personal en los claustros universitarios.

Tengo para mí que en don Carlos Luis Sáenz concurren, en unidad indisoluble, el hombre, el maestro y el poeta; porque del político no me corresponde hablar en esta oportunidad. Del hombre, o mejor, de su persona, sobresalía su bondad en el trato con sus semejantes, con sus discípulos y amigos; en sus palabras había respeto, cordialidad y dulzura; nunca le vi airado, violento; siempre con una sonrisa comprensiva y una actitud acogedora. En sus intervenciones buscaba el modo de conciliar los extremos, ofreciendo sus experiencias en la enseñanza, las que siempre eran recibidas por sus compañeros de cátedra con interés por el valor

que les daba una larga vida dedicada a la docencia en distintos campos. Más que el profesor, era el maestro el que predominaba en él; uno tenía la impresión de que había asimilado todas las enseñanzas de don Omar, las que combinadas equilibradamente con sus lecturas y experiencias le permitían asumir una actitud de comprensión plena del alumno, en función con la vida y con la materia que enseñaba. El poeta que había en don Carlos Luis es lo que, en mi opinión, le daba unidad a su personalidad, a su ser de hombre y de maestro, porque era un poeta de verdad, alguien a quien le era posible entender las protopalabras del corazón, las palabras que unen por encima de toda realidad porque brotan de una fuente interior donde radica el misterio sin nombre de la vida y de la belleza. A esta faena poética se entregó en cuerpo y alma toda su vida y de ella sacó el encanto de su personalidad, su obra docente y su producción poética en verso y en prosa, que le ha valido ocupar un lugar destacado en el ámbito de las letras nacionales.

Dedico estas "Meditaciones" a don Carlos Luis Sáenz con particular afecto y bajo la grata impresión que me produce el ocupar el sillón que dejó vacante en esta benemérita Academia Costarricense de la Lengua.

Nadie recuerda el momento en que empezamos a decir cosas. Nos parece que hablamos desde siempre porque el momento de la palabra es el momento de la conciencia. Con la palabra nos vino la conciencia de las cosas, de la realidad, de nosotros mismos y, finalmente, de un mundo que día a día se nos iba agrandando, conforme lo íbamos descubriendo y nombrando y en eso estamos todavía.

¿Qué es, pues, la palabra? Físicamente un determinado número de vibraciones de nuestras cuerdas vocales que se lleva el viento y que no volverán. Semiológicamente, la palabra nace como un hecho social, como un conjunto de sonidos con significación, algo que se escucha y se entiende. Hasta tal punto es esto cierto que bien puede afirmarse que ser o existir es hablar o expresarse por medio de un lenguaje. Toda nuestra realidad humana está ahí en la expresión de nuestra vida interior y de nuestra relación con el mundo y aun el pensar es o está siendo en la palabra dicha y no en la pura mente silenciosa. Por eso ha podido decir el filósofo español Luis Cencillo: "Una vez que, para gozar más profundamente de nuestra subjetividad, hemos ido cortando vínculos con nuestros semejantes, encontramos nuestra subjetividad misma vacía, anquilosada e indigente y comenzamos a experimentar la asfixia de nuestro sí mismo, privado del oxígeno de la dialéctica intersubjetiva".

Existir es, en una dimensión fundamental, ser con los otros por medio de la palabra, dialogar. El momento de la palabra es aquel que se produce entre el yo y el tú, momento indivisible en el que se unen dos seres y se comprenden, sea para aceptarse o para rechazarse, pero momento decisivo en cuanto se conocen, se entienden, se entienden y saben a qué atenerse en lo que son y en lo que pueden esperar el uno del otro o los unos de los otros, si el diálogo se establece entre grupos, pueblos o naciones.

A partir del momento de la palabra el niño se va descubriendo a sí mismo paulatinamente, hasta el momento en que se percató de que es persona entre personas. Es entonces cuando está en capacidad de reflexionar para llegar a formarse un concepto de sí mismo y de su condición humana.

Ser persona entre personas es descubrir nuestra dignidad como sujetos plenos de derechos y deberes, como dicen los juristas. Entre estos derechos está el derecho básico de la libertad de expresión que todos los países cultos tratan de garantizar, sin el cual el hombre queda reducido a una condición bestial. Se tiene derecho a la palabra porque previamente el hombre está dotado de la facultad de hablar, de expresarse por medio de un idioma, en este caso se trata de un derecho primordial. El idioma es el instrumento que usamos cotidianamente para expresar nuestras relaciones con las cosas, con las otras personas y con nuestro mundo. En nuestro caso ese instrumento es la lengua española, o mejor, como se decía antes, el castellano, o sea la lengua de Castilla, que es la tierra donde se conformó hace mil años, cuando se empezó a hablar allí en "roman paladino".

A nosotros los costarricenses nos ha tocado nacer y vivir en un medio lingüístico en el que predomina casi totalmente el castellano, por eso decimos que es nuestro idioma y de igual modo hay veinte y un países que tienen ésta como su lengua nacional, siendo en total más de trescientos cincuenta millones de hispanohablantes que existen hoy en el mundo.

Sí, ser es hablar, y ser hispanoamericano es hablar en español, pero en el español de América, es decir, en un español enriquecido con las cosas de nuestro mundo, de nuestra flora, de nuestra fauna, de nuestro paisaje, de nuestra historia, de nuestra idiosincrasia y, sobre todo, con nuestras esperanzas, que es donde radica la poesía de la existencia.

Hablar de poesía es lo mismo que hablar de lenguaje poético, de un conjunto de palabras de alta entidad por medio de las cuales nombramos lo inefable, una realidad sin nombre que es necesario que roce levemente los corazones, arrebatándonos a su

clarísima tiniebla. Por esto fueron tenidos los poetas en la antigüedad como vates, es decir, como seres que se comunicaban con la divinidad para anunciar la palabra sagrada a los hombres, palabras que se hunden certeramente en el centro original del hombre matando y vivificando, transformando, juzgando, revelando el futuro y el destino oculto. Tal es la misión del poeta y de la poesía.

Las palabras definen, dividen, perfilan, pero hay unas palabras que nos unen porque tienen el poder de poner delante lo que se esconde por debajo de toda realidad y nos tocan el corazón; la razón es que ellas nos hacen volver al centro único de donde salimos al cual estamos unidos por el corazón, por esto es que ellas nos salvan del aislamiento egoísta y nos reconcilian en una comunión universal, tanto en el gozo como en la tristeza, haciéndonos común todo lo que es del hombre y de un sólo hombre, aun cuando sea la más negra soledad, su aislamiento más amargo. Por eso es que todo hombre debe abrirse, hacerse permeable a la palabra para captar el mensaje del misterio profundo, callado de las cosas, la palabra que toca y hace brotar del corazón, la vida y el amor, el sentido y la razón última de la existencia humana. Esta palabra no es otra que la palabra poética en la que se recoge, como en una concha, la resonancia infinita de este inmenso océano cuyas olas nos envuelven en miles de arrullos, en millones de voces que el viento lleva y que nadie sabe adonde van. Esta palabra poética es la que nos permite captar toda la poesía que hay en el mundo y en la vida, la que da sentido a nuestra existencia, la que animó el cosmos en el principio y la que nos permite ser hombres, dioses, dirá el Apóstol, testigos y magnavoces de lo divino del universo.

Considero que en todo decir poético se da esta revelación del fondo misterioso que rodea la vida del hombre en alguna medida y por eso es poético; pero hay dos formas en las que se patentiza de modo puro y claro, tornándose cada vez más transparente y acequible y es en el lenguaje de los niños y en el de los místicos.

José Bergamín ha sabido ver claramente esta verdad: "El niño, dice, tiene una razón intacta, espiritualmente inmaculada, una razón pura" . . . "La razón del niño es una razón puramente espiritual: poética. El niño piensa solamente en imágenes como, según Goethe, hace la poesía: y piensa imaginativamente, sin duda, aun antes de vocalizar su pensamiento; y cuando lo emprende, se da a vocalizar, grita" (*La decadencia del analfabetismo*, p. 64). La infancia o la niñez es un estado de gracia poética o un endiosamiento poético.

En el místico el lenguaje humano, maduro ya por la cultura, se trasciende a sí mismo al pretender nombrar lo innumerable por medio de metáforas, parábolas, símiles, exclamaciones y silencios impenetrables. Aquí es donde el lenguaje poético es él mismo, donde cobra todo valor, su esplendor y profundidad de sentido, dicho en otras palabras, donde la poesía alcanza su más alto vuelo, tal como todos lo hemos comprobado al leer a Santa Teresa o a San Juan de la Cruz. ¿Qué puede haber más elevado y profundamente bello en nuestra lengua que "La noche oscura del alma", la "Llama de amor viva" o el "Muero porque no muero"?

Grandes poetas son nuestros grandes prosistas y en la medida en que no lo sean dejan de ser buenos escritores, porque aun la prosa de los grandes cronistas o historiadores, por dar un ejemplo, está toda ella como ribeteada de toques y reverberaciones poéticas; esto vale para Cervantes, Quevedo, Fray Luis de León, Fernando de Rojas, Mateo Alemán, Hernando del Pulgar, y más acá, para los prosistas hispanoamericanos y los actuales cultivadores de la novela.

Es un hecho que las lenguas siguen los avatares de los pueblos, de los grandes imperios y de las naciones. Con el apogeo de Grecia, del imperio ateniense, surge el esplendor de la cultura y de la lengua ática, correspondiendo al Siglo de Oro de Pericles, que es también el de la elocuencia y de la Filosofía. Roma llega a la cumbre de su esplendor con el Imperio que es la hora meridiana de su clasicismo, de la perfección poética de los exámetros, de la prosa solemne de sus historiadores, así como de la grandilocuencia de sus grandes oradores.

En el imperio más grande de la historia, el de Carlos V y Felipe Segundo, ocurre que poco antes de empezar su declinación, florece también una gran literatura que hace época en el Siglo de Oro de las letras castellanas y otro tanto puede decirse de otras lenguas y de otras literaturas.

A nosotros en Hispanoamérica nos ha ocurrido que en la actualidad estamos presenciando el florecimiento de una rica literatura, que en algunos aspectos supera con creces la de España, sin que pueda decirse que corresponda al apogeo de nuestro desarrollo político, social o económico, ya que por el contrario, estos años son de crisis general en todos los órdenes de la vida para nuestros países que apenas sí forman parte del cortejo de los grandes imperios contemporáneos. Sin embargo, es un signo alentador que bien pudiera marcar el comienzo de una nueva era para nuestros pueblos, sobre todo, si logramos que nuestro idioma se convierta en un instrumento de progreso, de armonía, de paz y de solidaridad entre los hispanoamericanos.

La idea del progreso ha constituido una preocupación constante en la mente de los padres de la patria desde los albores de la Independencia y, no obstante que la ideología sobre que se sustentaba ha periclitado, el afán de mejorar en todos los órdenes de la vida de nuestros pueblos nos ha permitido transformar las instituciones y en tal forma que podemos ofrecer al mundo algunos logros de indudable valor, sobre todo, en el campo cultural y político.

Como instrumento de progreso la lengua española ha adquirido un enriquecimiento notable que le permite ser utilizada en forma adecuada para expresar ideas y todos los conocimientos científicos y técnicos con precisión y claridad, sin que sea necesario echar mano de giros, conceptos y términos de otros idiomas, salvo en casos muy contados. Algunos dicen que nuestra lengua no dispone del vocabulario que se requiere para expresar los nuevos conceptos de la ciencia y de la técnica, pero ello se debe a que se ha empobrecido el vocabulario de las personas que se ocupan de estos menesteres por falta de una formación lingüística adecuada, debido a deficiencias de nuestros sistemas formativos. La verdad es que nuestro idioma es rico y muy variado en posibilidades de expresión en todos los órdenes de la vida y de la cultura.

La armonía y la paz social es un ideal al que nunca se podrá llegar porque eso implicaría el logro histórico de todos los deseos y la satisfacción de todas las necesidades del hombre; el progreso de la especie requiere del estímulo que significa esas mismas necesidades y deseos. Pero es posible llegar a una satisfacción de lo más perentorio, de un mínimum sin el cual se torna imposible la realización del hombre como persona. Ahora bien, para el logro de este mínimum vital hay que impulsar el diálogo entre los sectores de la sociedad a fin de establecer un entendimiento, una comprensión del problema, el cual muchas veces se origina en un ofuscamiento inicial que parte del mal uso de los términos o de ignorancia del sentido de las palabras que se emplean en las discusiones o, lo que es más trascendente, del empleo de un lenguaje que no se presta a suscitar la cordialidad, la unidad entre los hombres, sino que más bien produce desavenencia, irritabilidad y hasta exasperación y violencia. "La palabra blanda aplaca la ira", dice la Escritura y "donde hay amor y justicia hay paz", piensa el poeta de Asís. Estamos en la época del diálogo, nunca como hoy se reúnen con más frecuencia los hispanoamericanos, nunca como en la actualidad vemos cómo de la mesa de las conversaciones surgen soluciones a problemas, ideas útiles para encontrar vías comunes que conducen, a corto o mediano plazo, a la remoción de los obstáculos para la solución de los conflictos de la sociedad en el plano nacional y en el interamericano.

Nunca como ahora, habría que agregar, es tan necesario afinar, pulir, precisar y dar esplendor a este instrumento de diálogo, de comprensión, de unidad y de solidaridad que es el idioma español. Lo demás es cuestión de buena voluntad, de inteligencia y de inspiración para comprender que si no aunamos todas nuestras energías, nuestros talentos, nuestros recursos, este continente de la esperanza se va a convertir en el basurero de los detritus de las potencias, donde irá desapareciendo la vida en todas sus formas, donde no habrá vida espiritual ni quien eleve una plegaria en el hermoso idioma de Castilla.

Para alcanzar los objetivos antes señalados sería menester que la sociedad hispanoamericana se trazara, por medio de los organismos oficiales y particulares competentes, un programa de acción que comprendiera los siguientes puntos:

- a) Mejorar la enseñanza del idioma español en todos los niveles, desde la primaria hasta la enseñanza superior, poniendo el énfasis en la lectura dirigida y comentada de los mejores escritores de todos los tiempos.
- b) Abaratar del libro mediante convenios especiales que, a la vez, faciliten la comercialización de las obras producidas en todos los países de habla hispana.
- c) Proporcionar a las academias y organismos dedicados a la promoción de la cultura los medios necesarios para que puedan desarrollar programas a favor del mejoramiento del idioma, dentro de las esferas de su competencia.
- d) Crear centros que puedan orientar los medios de comunicación en una labor de depuración del idioma empleados en dichos medios, así como la vigilancia de las traducciones de toda clase.
- e) Solicitar a la prensa escrita, a la radio y a la televisión, espacios permanentes para dar a conocer la buena literatura, especialmente los mejores autores nacionales.
- f) Incrementar el acercamiento y el diálogo entre todas las personas que se dediquen en nuestros países a la promoción del idioma en distintas formas. Esto último puede permitir la formación de una opinión pública internacional que vaya creando los nexos intelectuales, artísticos y morales para robustecer los lazos de una unión que hoy requieren nuestros países para provocar un gran despertar en el campo de las letras hispanoamericanas, así como los demás campos del desarrollo humano.

Voy a centrar ahora esta meditación en el ámbito nacional, porque es aquí en donde compartimos responsabilidades los que nos ocupamos de las cosas del idioma, sea enseñando, sea escribiendo, sea investigando, sea legislando.

En el campo de la enseñanza cabría preguntar si los medios que hoy se utilizan son eficaces, si están bien orientados o si son raquíticos, porque en el caso de que sean deficitarios, habría que poner en práctica métodos más acordes con las necesidades, incrementando los recursos para que los estudiantes dispongan del material indispensable, sobre todo de buenos libros de lectura.

Respecto al noble o "santo oficio de escribir", como decía Bergamín, habría que idear estímulos, por un lado, para lograr que las personas con talento produzcan más, y a la vez, para que lo hagan con plena conciencia de su responsabilidad, escribiendo con claridad, con sobria elegancia, con propiedad y con el debido respeto a la dignidad del idioma; que no es cosa de escribir por escribir, sino que se debe mejorar cada día en orden a la forma y al fondo, a la sustancia de lo que se dice, procurando, como lo quería Unamuno, que haya algo de original, de intraducible en lo que se escriba, pues sólo así se enriquece el idioma propio.

En el campo de la investigación existe un sector muy amplio en el que nuestros filólogos deben adentrarse con la seguridad de que en él pueden obtener logros muy valiosos para el estudio de la lengua en el plano nacional e internacional, y también para el conocimiento del carácter nacional, de su idiosincrasia mental, social, política y cultural.

Una buena legislación debe preocuparse, no sólo por ser ella misma un modelo de claridad, exactitud y pureza en el decir, sino por contener providencias que contribuyan con sabias disposiciones a mejorar la claridad de la lengua hablada y escrita del país, que en nuestro caso es la lengua española.

A todos nos consta que el castellano hablado en Costa Rica, adolece de muchos vicios que se aumentan y agravan por el influjo que ejercen factores negativos, tales como el mal empleo del vocabulario, de las partes de la oración y de la sintaxis en la prensa escrita y hablada, en la cátedra, en la docencia escolar y media, en los libros de texto y en las malas traducciones que nos inundan por todas partes.

Ante el panorama de deterioro de nuestro idioma es indispensable que el estado elabore planes concretos y que los organismos públicos y privados los secunden, poniendo a su servicio todos los medios de que dispongan. Los organismos culturales directamente vinculados con las actividades idiomáticas son los que deben alistarse para esta campaña en la línea de vanguardia y, a la cabeza de todas debe estar la Academia Costarricense de la Lengua que por su naturaleza, tradición y autoridad está llamada a señalar pautas y a indicarnos el camino para una revitalización de nuestro idioma en nuestra patria.

El estado de las letras nacionales al momento presente mueve a reflexionar sobre distintas consideraciones de interés. Una de ellas es que, por lo menos hasta mediados de este siglo, se cultivó una lengua más castiza, según los modelos tradicionales, llegándose a veces hasta caer en la hinchazón retórica y en el rebuscamiento de una prosa engolada y conceptuosa. En la oratoria religiosa y política fue donde se utilizaron más estos recursos retóricos que acariciaban los oídos en desmedro de la sustancia de las ideas. Después de esta fecha se produjo un cambio brusco en todas las formas de la expresión, escrita y hablada, decayendo el cuidado de la forma en gracia de una mayor libertad y originalidad en la expresión, lo que facilitó la elaboración y trajo un aumento en el número de obras literarias.

A lo anterior habría que agregar el factor económico por cuanto es un hecho de que si cada escritor se ve obligado a costear el valor total de la edición de sus obras, pondrá especial cuidado en que lo que produce merezca el esfuerzo que hace para cancelar la deuda que contrae con los impresores. Esta fue la forma como, en casi todos los casos, publicaban sus obras los escritores durante los primeros cincuenta años de este siglo, viéndose obligados a la postre a obsequiarlas, pues no pasaban de unas docenas los libros que se vendían.

Tan pronto como se crea la Editorial Costa Rica y las que vinieron después los autores que tienen la suerte de editar sus trabajos por cuenta de las mismas no corren el riesgo de adquirir deudas por lo que tampoco se percatan del costo de cada edición. Ahora se escribe de prisa, muchas veces con el ojo puesto en un certamen que, si se gana, coloca al poeta o escritor de un salto en la galería de los mejores. Las consecuencias de esta forma de promocionar las letras las estamos viviendo; hay una proliferación de poetas, de cuentistas, de novelistas en los que se nota descuido en el manejo del idioma, no obstante que en ellos suelen darse chispas de ingenio, de naturalidad y de realismo, en unos casos y de imaginación, de audacia, sinceridad poética, en otros casos.

Yo auguro un despertar de las letras en todo el continente que traerá nuevas promociones a la literatura hispanoamericana de gran valor; ese fenómeno se dará también en Costa Rica y en todos los países centroamericanos, pero existe el peligro de que también se dé un desfase del idioma, cuyas consecuencias no estamos en capacidad de predecir; el temor es que la influencia de una literatura descuidada produzca un caos incontenible que arrase con todos los esfuerzos que puedan hacerse por medio de la enseñanza básica en escuelas y colegios para corregir al menos los defectos más comunes en nuestro lenguaje.

Volviendo al "santo oficio de escribir" que me ha traído al seno de esta benemérita academia, quiero consagrar ahora un recuerdo agradecido a los maestros que de algún modo me estimularon para que me consagrara a esta noble faena del espíritu; en primer lugar a don Daniel Flores, que allá en la escuela Jesús Jiménez de Cartago tuvo la feliz idea de crear una revista para estimular a sus alumnos el deseo de escribir. En aquella revista infantil dimos a conocer algunas de nuestras primeras inquietudes literarias, al lado de las páginas escritas por el viejo maestro.

El benemérito de la patria, doctor Víctor Manuel Sanabria Martínez, miembro de esta Academia, arzobispo de San José y profesor del Colegio Seminario, contribuyó con su espíritu crítico y sus frases de aliento a que me preocupara por leer muchas obras de autores españoles y a que escribiera varios trabajos que fueron comentados elogiosamente por él en clase. Otro tanto debo al más atildado y agudo de los escritores costarricenses de este siglo, don Mario Sancho Jiménez, profesor de castellano en el Colegio San Luis Gonzaga, quien me dispensó su amistad y estimuló para que leyera los clásicos castellanos de la colección Rivadeneira en la biblioteca del colegio, así como sus libros que editaba con su propio peculio.

Pecaría de ingrato si omitiera el nombre del catedrático y ex Presidente de la República don Abelardo Bonilla Baldares, ya que fue él quien me dio el espaldarazo literario con el prólogo elogiosísimo que puso a mi primer libro, "Al margen del Mío Cid".

Durante un periodo de cincuenta años he escrito algunos libros, por lo que me considero un escritor de oficio, lo que no quiere decir que por ello sea merecedor de ocupar el lugar que deja vacante el poeta Carlos Luis Sáenz. Pero, si como decían en la Edad Media, el oficio hace al maestro, espero que con el tiempo pueda escribir algo de algún valor. Como conclusión de estos años de aprendizaje he llegado a pensar que lo más hermosa no está en el escribir sino en la ilusión con que cada mañana te sientas a interpretar en palabras ese tras mundo que hay en nosotros y que ansía agregar su nota al concierto universal, y que lo más triste está en percatarse, cada vez que se termina una obra, de cuán lejos nos encontramos de la perfección, pues cada día te das cuenta de que el camino del arte es infinito y de que la vida humana, como decían los romanos, es breve. Con todo y todo, ahí queda el fruto de mis esfuerzos para que otros los juzguen y vean si merezco o no el grado de maestro o siquiera el de oficial.

Termino estas meditaciones con un reconocimiento a esta Ilustre Academia y a todos sus integrantes por haberme honrado al designarme para ocupar este sillón, designación que, además, supone un gran estímulo para proseguir en los esfuerzos por hacer de la palabra escrita un instrumento de verdad, de justicia, de amor y de belleza entre los costarricenses. Y saludo cordialmente a todos cuantos, de una u otra forma, se desviven en el solar nacional por defender los sagrados fueros de nuestro idioma.

Muchas gracias.